MASTER
NEGATIVE
NO. 92-81128-3

MICROFILMED 1993

COLUMBIA UNIVERSITY LIBRARIES/NEW YORK

as part of the
"Foundations of Western Civilization Preservation Project"

Funded by the
NATIONAL ENDOWMENT FOR THE HUMANITIES

Reproductions may not be made without permission from
Columbia University Library

COPYRIGHT STATEMENT

The copyright law of the United States - Title 17, United States Code - concerns the making of photocopies or other reproductions of copyrighted material.

Under certain conditions specified in the law, libraries and archives are authorized to furnish a photocopy or other reproduction. One of these specified conditions is that the photocopy or other reproduction is not to be "used for any purpose other than private study, scholarship, or research." If a user makes a request for, or later uses, a photocopy or reproduction for purposes in excess of "fair use," that user may be liable for copyright infringement.

This institution reserves the right to refuse to accept a copy order if, in its judgement, fulfillment of the order would involve violation of the copyright law.

AUTHOR:

MAEZTU, RAMIRO DE

TITLE:

REVOLUCION Y LOS INTELECTUALES...

PLACE:

MADRID

DATE:

1911

Master Negative #
92-81128-3

COLUMBIA UNIVERSITY LIBRARIES
PRESERVATION DEPARTMENT

BIBLIOGRAPHIC MICROFORM TARGET

Original Material as Filmed - Existing Bibliographic Record

946
M2693

Maeztu, Ramiro de, 1875-1936.
... La revolución y los intelectuales; conferencia leida en el Ateneo de Madrid, el 7 de diciembre de 1910, por Ramiro de Maeztu. Madrid, Rodríguez, 1911.
48 p. 19½cm. (Biblioteca "Ateneo")

188623

Restrictions on Use:

TECHNICAL MICROFORM DATA

FILM SIZE: 35 mm REDUCTION RATIO: 11x
IMAGE PLACEMENT: IA (IIA) IB IIB
DATE FILMED: 3/1/93 INITIALS m. D.C.
FILMED BY: RESEARCH PUBLICATIONS, INC WOODBRIDGE, CT

AIIM

Association for Information and Image Management
1100 Wayne Avenue, Suite 1100
Silver Spring, Maryland 20910
301/587-8202

Centimeter

Inches

MANUFACTURED TO AIIM STANDARDS
BY APPLIED IMAGE, INC.

Columbia University
in the City of New York

LIBRARY

BIBLIOTECA "ATENEO"

LA REVOLUCIÓN Y LOS INTELECTUALES

CONFERENCIA LEÍDA EN EL

ATENEO DE MADRID

EL 7 DE DICIEMBRE DE 1910

POR

RAMIRO DE MAEZTU

MADRID
IMPRENTA DE BERNARDO RODRÍGUEZ
8, Barquillo, 8.
1911

LA REVOLUCIÓN Y LOS INTELECTUALES

BIBLIOTECA "ATENEO"

LA REVOLUCIÓN Y LOS INTELECTUALES

CONFERENCIA LEÍDA EN EL

ATENEO DE MADRID

EL 7 DE DICIEMBRE DE 1910

POR

RAMIRO DE MAEZTU

COLUMBIA UNIVERSITY LIBRARY

MADRID
IMPRENTA DE BERNARDO RODRÍGUEZ
8, Barquillo, 8.
1911

35-59773
946
M2693

LA REVOLUCIÓN Y LOS INTELECTUALES

Señor presidente; señoras y señores: He aceptado con apresuramiento la invitación á hablar en esta casa, porque los liberales españoles tenemos contraída una gran deuda con el Ateneo de Madrid. Hace poco más de un año España se veía sometida á un régimen de cloroformo y camisa de fuerza. No son mías las palabras. «Cloroformo» y «camisa de fuerza» son los términos que emplea D. Salvador Canals en las páginas 128 y 141 de su libro *Los sucesos de España en 1909,* escrito en defensa de los procedimientos gubernamentales de los Sres. Maura y Lacierva. Y cuando parecía, ¡oh vergüenza!, que los españoles iban á resignarse, como inválidos ó como dementes, á ese régimen, hablaron en esta tribuna los Sres. Simarro, Madinaveitia y Ortega y Gasset; sus palabras despertaron una fibra patriótica en el corazón generoso de vuestro presidente, el Sr. Moret, y dos discursos su-

yos, pronunciados en el Congreso de los diputados, obraron el milagro de apartar de España, momentáneamente por lo menos, esa pesadilla de manicomio, cloroformo y camisa de fuerza, descrita por el Sr. Canals con palabras de sangre.

Aquellos momentos fueron críticos. En aquellas semanas nos enteramos de dos hechos insólitos y nuevos en la historia de la España moderna; dos hechos que transforman fundamentalmente nuestra visión, nuestra perspectiva de las cosas de España. Hoy ya no es legítimo para ningún pensador español enfocar el problema de España como hubiera podido enfocarlo en la primera quincena de julio de 1909. Desde entonces sabemos experimentalmente dos cosas centrales que antes sólo podían sospechar algunos cerebros privilegiados.

Una nos la ha dicho èl Sr. Canals, y es que resulta hacedero para un Gobierno enloquecido someter á las clases intelectuales españolas á un régimen de cloroformo y camisa de fuerza; coger á escritores, pensadores, oradores, profesores, periodistas, políticos, artistas y autores dramáticos, meterles en un puño, y hacerles callar por medio de violencias ó narcóticos. Y la otra cosa, que aprendimos en Barcelona y en Madrid, es que se ha hecho difícil, y cada día será más difícil, hasta que

dentro de algunos años resultará imposible, repetir con la masa del pueblo la suerte que aún puede realizarse con éxito cuando se trata únicamente de los intelectuales. Dicho más breve: *Desde julio del año pasado sabemos que la revolución española ha empezado á operarse con independencia de nuestras clases intelectuales ó seudointelectuales*. Y estos dos hechos forman el tema de esta conferencia.

Para emplazarlos en perspectiva histórica hemos de remontarnos á la Memoria sobre *Oligarquía y caciquismo como la forma actual de gobierno en España: urgencia y medio de cambiarla,* leída en esta casa por D. Joaquín Costa y discutida por las personalidades más notorias de nuestra vida cultural. Don Joaquín Costa habló en esta tribuna con el lenguaje del profeta Ecequiel: «Y os daré corazón nuevo y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros, y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra y os daré corazón de carne.» Al hablarnos Costa, nos parecía oir, con Tucídides, «el alma profética del amplio mundo soñando con las cosas venideras».

Cuando se apaguen cuantas voces hablaron en nuestra Patria á raíz del desastre, se alzará todavía clamoroso y pujante el rugido con que Costa quería despertar á un pueblo aletargado. Tal vez se cumplan sus augurios pesimistas—que se cumplan ó no, depende de lo

que haga cada uno de nosotros—, tal vez el pueblo del profeta Costa sufra la misma suerte que el pueblo del profeta Ecequiel—y el hórrido incremento de la emigración indica que la dispersión ha comenzado—; pero una cosa es cierta: aunque caiga algún día el castillo de Montjuich, y si el recuerdo os pareciera trágico, sustituidlo por la bola del Ministerio de la Gobernación, que es nuestro templo de Jerusalén, las arengas de Costa vivirán lo bastante para encontrar inmortal alojamiento en algún Testamento Novísimo, desde el cual enciendan en pueblos extranjeros, como las conminaciones de los profetas de Israel, la emoción de lo colectivo que no lograron encender en el propio.

Ya se ha reconocido que los españoles debemos á Costa una lección de estilo político. Debió añadirse que sólo por Costa vislumbramos lo que serán la oratoria y la literatura políticas el día en que se haga en España política europea! Pero como aún seguimos siendo tan correctos, todavía hay quien se lamenta de nuestras violencias de lenguaje, y aun se llama orador á la inglesa al que habla con el tono de leer un inventario. ¡A la inglesa! Permitidme que os traduzca dos párrafos de uno de los últimos discursos de Lloyd George. Reparad que habla el ministro de Hacienda del Imperio británico, que es el Imperio

más grande de la tierra, que el orador ocupa el Poder, que su cargo sólo cede en importancia al del primer ministro, que es el futuro primer ministro de Inglaterra, y que no hay actualmente otro estadista que suscite mayores admiraciones en Europa.

Habla Lloyd George respondiendo á los que dicen que la Cámara de los lores es objeto de admiración en las colonias, y he aquí sus palabras:

«Iría al Canadá y preguntaría: «¿Tienen »ustedes aquí un Senado?» Y me contestarían: «Sí.» Entonces le diría al maletero: «Puedes »llevar mi equipaje á la Aduana.» Volvería á preguntar: «¿Qué clase de Senado?» Y me dirían: «Un Senado nombrado por el primer »ministro.» «¿Qué es el primer ministro?» «Es »liberal.» «¿Cuánto tiempo hace que es libe»ral?» «Quince años.» «¿Qué es el Senado: »liberal, ó conservador?» «Liberal.» «¿Libe»ral de veras?» «Sí, señor, liberal.» «Y ambas »Cámaras, ¿son liberales?» «Sí.» «Entonces »les digo, bajo la autoridad del *Daily Mail,* »que este país no es á propósito para que »viva en él una persona civilizada. Tenéis »que fundar una Cámara hereditaria sin per»der minuto.» Me dirían: «Y ¿cómo la funda»mos?» Les contestaría: «Recojan las gentes »más antiguas del país, gentes que tengan algo »que ver con la tierra, pero que no se hayan

»cuidado de cultivarla nunca por sí mismas ni »ahora ni en otros tiempos. No han de traba»jar en nada; sólo han de ocuparse en cazar, »tirar tiros y montar á caballo: recreos de »esta clase.» «¡Ah!—contestarían los canadienses—. Tenemos unas gentes que res»ponden exactamente á esa descripción. En su »vida han trabajado; son las más antiguas del »país; no hacen en todo el día, año tras año, »más que cazar, tirar tiros y montar á caba»llo; jamás han dado al mundo una jornada »decente de trabajo; son muy tranquilas en sus »maneras, muy ociosas y muy dignas: en rea»lidad, tienen todas las cualidades de una »aristocracia; pero nosotros las encerramos en »recintos reservados, á fin de evitar que se »hagan daño.»

El canciller del Exchequer de Inglaterra ha comparado á los miembros de su Senado con los pieles rojas del Canadá, y eso que la Cámara de los lores no ha hecho sino poner el veto á varias leyes fiscales y educativas. ¡Imaginad el lenguaje que hubiera usado Mr. Lloyd George si su Senado hubiera puesto el veto de hipócrita modo á una ley tan notoriamente justa como la del servicio militar obligatorio, y hubiese mantenido un sistema por el que se obliga á que los pobres, y sólo los pobres, den su sangre para defensa de los intereses de los ricos!

Pero no debemos solamente á Costa una lección inmortal de patriotismo y una lección oportuna de estilo político: le debemos también el habernos enseñado á enfocar el problema de España en términos de Europa. Mientras discutíamos la monarquía ó la república, la centralización ó la descentralización, el federalismo pactista ó el federalismo orgánico, la evolución ó la revolución, la rama masculina ó la rama femenina de la Casa de Borbón, debatíamos cosas que también han debatido, con ésos ó parecidos nombres, otros pueblos en circunstancias determinadas de tiempo y de lugar, pero que por sí mismas carecen de sentido, puesto que su sentido se encuentra en aquellas otras cosas que han debatido todos los pueblos en todos los momentos. Mas por el hecho de poner al frente de su información la palabra «oligarquía», D. Joaquín Costa nos sacó de la Puerta del Sol y de las Ramblas para plantarnos en Europa. Ya no discutimos en castellano ó en catalán, sino en el idioma de Platón y Aristóteles. Desde entonces supimos ó debimos saber que solamente tiene sentido en política el eterno ataque ó defensa de la oligarquía por diferenciación de la aristocracia, de la tiranía por distinción de la monarquía, y de la demagogia por variedad de la democracia.

Ello no nos veda las discusiones de cosas de

momento. La eternidad sólo se vive en el ahora y el aquí. Buscar á Dios de un brinco, como Tolstoi, es renunciar al mundo; y renunciar al mundo, es renunciar cobardemente á todo. Pero al discutir las cosas de momento hemos de discutir los grandes temas de la Historia, so pena de achabacanamiento. Pues qué, ¿estudia mejor el estudiante que se dice, al coger los libros, que de su aplicación depende el aprobado ó el suspenso, que aquel otro que, al concentrar su voluntad en la atención, sabe decirse que de su acto depende la salvación del mundo? Así, cuando Costa nos dijo que «el régimen de la monarquía, en tanto que monarquía legítima, patrimonial y de derecho divino, y aun en tanto que monarquía constitucional, partícipe de la soberanía, ha quedado vencido en nuestra Patria, lo mismo que en Inglaterra, lo mismo que en Bélgica, lo mismo que en Italia», y nos mostró que la constitución real del país era la oligarquía, y definió la oligarquía con las palabras de Aristóteles: «Gobierno del país por una minoría absoluta que atiende exclusivamente á su interés personal, sacrificándole el bien de la comunidad», el problema de España quedó enfocado en perspectiva histórica, y nuestras discusiones de momento adquieren en esa perspectiva valor universal.

Frecuentemente reparamos en que los es-

critores extranjeros no comprenden las cosas de España, y hasta lo advertimos, ¡oh infinita petulancia de un pueblo cuyas clases gobernantes no han sabido disciplinarse mentalmente!, con envanecimiento. Pero ¿cómo es posible que nadie comprenda discusiones que carecen de sentido? Y ¿qué sentido puede tener un debate cuando no se le refiere á la Historia universal? Saludemos respetuosamente en Joaquín Costa al europeizador de España. No se limitó á señalarnos certeramente nuestra meta ideal, sino que, por el solo hecho de plantear en forma europea el problema de España, nos hizo europeos. Si hemos perdido la mayoría de todos estos años en debatir la parte anecdótica de sus enseñanzas, la culpa no ha sido suya, sino nuestra.

Pero estos años, sobre todo los últimos, no han transcurrido en vano. Que el régimen de España es la oligarquía, no puede ya discutirse; ni tampoco que esta oligarquía no es singular, sino plural, puesto que padecemos bajo el poder de tres distintas oligarquías, más ó menos conexionadas entre sí: la teocracia, la plutocracia y la burocracia. Sólo que, al asentar en firme estas conclusiones, que sirven de premisas para el planteamiento de problemas nuevos, caemos en la cuenta de que no hemos dado sino el primer paso para enfocar exactamente el problema de España.

Lo específico del régimen del pueblo español no es la oligarquía, ni su carácter teocrático-plutocrático-burocrático: que oligarquías de idéntico carácter gobiernan á Rusia, á Alemania, á toda América, y han venido gobernando hasta estos días á Inglaterra. Este mal de la oligarquía lo comparte España con casi todos los países del mundo. Digo mal, porque una oligarquía es, en su esencia, mala. No hay régimen moral posible fuera de la democracia, que produce su aristocracia por elección deliberada entre los hombres que mejor interpretan y ejecutan el ideal democrático. Pero el mal específico de España consiste en la baja calidad de sus oligarquías, en su falta de agudeza intelectual, de sensibilidad artística, de firmeza moral; en que son ociosas, en que son caciquiles, en que son vanas y petulantes, en que se les yergue la cabeza por la falta de peso, en que caminan con las espaldas vueltas al curso de la Historia.

He ahí el paso adelante que han dado sobre Costa los pocos pensadores que le han sucedido. Fué error de nuestro gran tribuno el sustantivar el caciquismo y colocarlo con carácter de permanencia al nivel de la oligarquía ó de las oligarquías. Esta apreciación era inexacta. El fenómeno del caciquismo es temporal. Si se entiende genéricamente por caciquismo el usufructo de los bienes comunes en

propio beneficio, todas las oligarquías concebibles realizan lo propio. Si se entiende por cacique, como entendemos en España, al hombre que se dedica á secuestrar la voluntad del cuerpo electoral para designar un diputado que le apoye por encima de las leyes, este suceso no merece el esfuerzo mental que hemos dedicado á analizarlo.

Como la posición de cacique es incómoda, y á nadie le gusta dedicar toda la vida á falsificar actas, á volcar pucheros ó á desafiar los Códigos, la aspiración de todo cacique consiste en consolidar su posición, en sumarse á las oligarquías, en vivir vida menos azarosa, y en no morirse sin que los hijos sean obispos, altos empleados ó rentistas, dignidades jerárquicas en cualquiera de las tres órdenes de nuestra oligarquía: teocracia, burocracia ó plutocracia, y hasta en que se permitan la coquetería nada inocente de lavarse las manos con la autodenominación de «clases neutras». Por eso el caciquismo no es temible de un modo permanente. El caciquismo es un fenómeno de inmoralidad inestable; como los ríos van al mar, los caciques marchan hacia la oligarquía, que es también la inmoralidad, pero consolidada y respetable.

Lejos de existir la profunda reciprocidad que señalaba Costa entre la oligarquía y el caciquismo, se trata de enemigos irreconcilia-

bles. El caciquismo es el padre; la oligarquía, el hijo, pero un hijo señorito que se avergüenza de la rudeza de su padre y que acaba cometiendo un parricidio. ¿No hemos visto que los antiguos empleados, hechuras de caciques, ó caciques personalmente, apenas se apoderaron del poder, promulgaron una ley de presupuestos y de ascensos para hacerse inamovibles en sus cargos? ¿No son ya títulos pontificios los poseedores de bienes de propios y aun de bienes eclesiásticos? ¿No hemos visto recientemente que el mismo partido que amparaba enormidades tan notorias como la ley de escuadra, la de comunicaciones marítimas y las explotaciones mineras del Rif, se cuidaba escrupulosamente de evitar que desaparecieran las obleas de las oficinas públicas? No nos ocupemos, pues, nosotros de los caciques que surjan desde ahora. Digamos, señalando á las oligarquías: «Esto matará á aquello.» Los caciques pasan, porque son esencialmente pasajeros. Ya se encargarán las oligarquías de borrar ese detalle pintoresco de entre los páramos de nuestra vida nacional.

Relegados los caciques á la modesta categoría de entremeses, seguimos confrontados por las moles de las oligarquías. El hecho de las oligarquías no puede bastar para explicarnos el que los españoles—perdonadme los verbos—nos almorzáramos el Renacimiento, nos

comiéramos la Reforma y nos merendáramos la Revolución, y sigamos viviendo como si el mundo moderno no existiera, al punto de que el admirable Simarro ha podido recordarnos con justicia, en el prólogo de su último libro, que nos hallamos en la obligación «de colaborar en las empresas de la civilización, viviendo en ella, y no de ella, como extraños que aprovechan sus productos materiales y repugnan los principios ideales que la informan». ¿Por qué volvimos la espalda los españoles al Renacimiento, á la Reforma y á la Revolución? ¿Por qué la volvemos á las substancias ideales de la vida moderna? ¿Por qué, si son exactos los resultados de las investigaciones de mi amigo Royal Tyler, hasta nuestras catedrales del siglo XIII fueron construídas por franceses, y las del siglo XV por alemanes?

Hay un último porqué que en vano buscaremos en la Historia. La Historia nos dirá que nuestra escasa contribución á los debates escolásticos de la Edad Media se explica, en parte, por la necesidad de emplear buena suma de nuestras fuerzas en la reconquista del territorio nacional; que esos siglos de lucha contra los moros dieron á nuestra Iglesia el carácter militante que aún conserva, y que la hace preferir el exterminio de los liberales á la obra evangélica y á la labor teológica; que ese carácter militante de nuestra Iglesia nos hizo

desangrarnos en estériles guerras europeas; que el descubrimiento y conquista de América dispersó nuestra población en el momento en que debimos concentrarla—para aprender el sistema intensivo de cultura y de cultivo, que son los dos ejes de la vida europea moderna—; la Historia comparada podrá decirnos, en suma—y nunca se lo agradeceremos lo bastante—, que el problema de España es, en último término, problema de cultura; pero el último porqué de este problema no nos lo dará la Historia, ni la geografía, ni la etnografía, ni el estudio de nuestros aborígenes, por la razón sencilla de que no hemos de buscarlo en los comienzos de los tiempos, sino que está inmediatamente á mano; ¡qué digo á mano, si está en nuestra conciencia!

Nada más factible que escribir una Historia en que se muestre que todo ha ocurrido como tenía que ocurrir; pero supongamos que se tratara de historiar los años que han pasado en España entre la información del Sr. Costa y esta conferencia; ¿no advertiríais al instante que lo característico no es tanto lo ocurrido como lo que ha dejado de ocurrir: la revolución, que no se ha hecho; las enseñanzas, que no se han dado; los progresos técnicos, que no se han realizado; los progresos científicos, que no se han cumplido; los aviadores, que no han volado; los exploradores, que no han llegado

al Polo; los grandes artistas, que no han surgido; las presas de pantanos, que no se han alzado; los ferrocarriles, que no se han tendido; las industrias, que no han prosperado; las reformas sociales, que no se han implantado; la sensibilidad general, que no se ha despertado?

Ninguna sentencia histórica condena á nuestros pintores á no enterarse de que ha existido el movimiento impresionista en Francia; ninguna necesidad ha hecho desconocer á nuestros profesores el valor de Kant en el mundo moderno hasta que Ortega y Gasset, aún en sus veintitantos años, nos lo ha revelado; ningún *ananké* ha hecho escribir los mejores versos castellanos modernos á Rubén Darío, y el mejor libro en prosa á Rodríguez Larreta—dos sudamericanos—; ninguna fatalidad obliga á nuestros dramaturgos á no estudiar el teatro de Ibsen; nadie fuerza á nuestros músicos á no escribirnos sinfonías; ninguna ley de sangre condena á nuestros diputados á no apasionarse en el examen de los presupuestos. ¿Quién de nosotros no ha perdido innecesariamente para la formación de su alma los mejores años de su vida? ¿Cuántos de nosotros no seguimos perdiendo para el trabajo las mejores horas de cada jornada? Y estos años, estas horas, estos minutos que se escapan, ¿no son, en último término, los progresos que dejamos

de hacer? Peer Gynt se acuerda, al volver á su Patria, de las lágrimas que no ha vertido, de los sacrificios que no ha realizado y de las palabras que no ha dicho. Ramón y Cajal echa de menos, afortunadamente cuando joven, los nombres españoles que no encuentra en los textos de Medicina.

Señores, el problema de España en lo pasado no está en los errores en que caímos, ni en las guerras estériles que emprendimos, ni en las conquistas que realizamos, ni siquiera en la magna equivocación en que incurrimos cuando nos desparramamos por el mundo, en vez de concentrarnos; error análogo al del terrateniente que dedica su esfuerzo á acumular heredades, en vez de consagrarse á cultivar con más intensidad las que posee: el problema de España no está en lo malo que hicieron nuestros padres, sino en lo bueno que no hicieron; el último porqué de la quema de conventos no consiste en haberse dedicado la Iglesia á perseguir liberales y herejes, sino en no haber construído una teología y en no habernos enseñado á vivir moralmente; el último porqué del odio á la plutocracia no consiste en haber acaparado las pobrezas en España, sino en no haber sabido explotar las riquezas de nuestro suelo y de nuestro subsuelo; el último porqué del asco que inspira la burocracia no consiste en que su mantenencia

arroja sobre el país una carga excesiva, sino en que no ha sabido organizar como era debido los servicios públicos.

La oligarquía es mala: ¡conforme!; toda oligarquía es mala, lo mismo en Alemania, que en Inglaterra, que en España: ¡conforme!; pero la maldad específica de nuestra oligarquía es su esterilidad. ¿No recordáis los cargos vibrantes que formulaba Costa contra la dinastía agotada? «El Rey, una estampilla de caoutchouc.» «¿Necesitamos un superhombre? Pues un subhombre, un niño.» El cargo era duro, y no seré yo quien lo atenúe. Pero si á un Monarca animoso y bien intencionado se le ocurriera actualmente dar un golpe de Estado para remover las agotadas oligarquías políticas, le faltaría hasta el personal para realizarlo. Si la dinastía no ha producido un genio hace dos siglos, ¿han producido acaso nuestras oligarquías un Kant, un Newton, un Bismarck, un Lutero, un Darwin, un Shakespeare, un Galileo, un Dante, un Napoleón? No; sólo Cervantes, y en Cervantes, ¡oh dolor!, el genio de la desesperanza. El cargo de agotamiento que formuló Costa contra la dinastía debió extenderlo á todas nuestras clases gobernantes; no ya sólo á las estrictamente políticas, sino á todas nuestras clases intelectuales. Y ese agotamiento, mejor dicho, esa sequía multisecular es la causa de la re-

volución que empezó á exteriorizarse el año pasado en Barcelona. Una revolución es un fenómeno de estancamiento: el pueblo marcha; las oligarquías se detienen, en vez de ponerse á la cabeza del movimiento popular; el pueblo, entonces, se echa encima de ellas. Y á esto llamamos una revolución.

En estos días, comentando la violencia y la intensidad de la actual lucha electoral en Inglaterra, se ha apuntado en algunos periódicos extranjeros la creencia en la posibilidad de que allí se llegue á una revolución. Pues desde aquí, desde Madrid, podemos desmentir esos augurios, en la seguridad de no equivocarnos. La actual agitación de Inglaterra cesará con la reforma del régimen parlamentario, en el sentido de aumentar las facultades de los representantes electivos del pueblo; pero no provocará ninguna revolución, sencillamente, porque una parte de la oligarquía inglesa ha tenido talento bastante para situarse, cuando aún era tiempo, del lado del pueblo. Allí vemos el espectáculo de una minoría de lores que se erige en catapulta contra los privilegios de la Alta Cámara; un hijo de lord Randolph Churchill es el lugarteniente de Lloyd George en su campaña reformadora; Lloyd George, personalmente, es uno de los *solicitors* de más éxito en la City de Londres; no ya el partido liberal-radical, sino el partido socialista-obrero está lleno de hombres pertenecientes, ya á la aristocracia, como Cunninghame Graham, ya á la clase adinerada, como Galsworthy, Bernard Shaw, Cobden-Sanderson, Sydney y Beatriz Webb, que ponen su prestigio, su talento, su dinero y su esfuerzo en la defensa del ideal democrático; de la oligarquía han salido los organizadores de los asilos, como el Dr. Barhardo; los de la caridad, como lord Shaftesbury; los de los hospitales y servicio de enfermeras, como Florencia Nightingale. Es verdad que la masa de la oligarquía británica, con sus cien mil automóviles y su millón de criados, y sus palacios y casas de campo, y sus exposiciones de joyas en las noches de Covent Garden, y su lujo oriental y su vida de frivolidades, constituye excesivo peso, no ya sólo para el pueblo británico, sino para todos los pueblos que, en mayor ó menor grado, contribuímos á mantenerla con el dinero que se llevan de las empresas explotadoras de países extranjeros; pero la existencia de una minoría antioligárquica, procedente de la oligarquía, una minoría radical, científica, artística ó moral, es un recordatorio permanente de que, cuando se pretende que se es aristocracia, no hay derecho á seguir viviendo vidas de pieles rojas, como diría Lloyd George, ó de maestros de bailes, de mozos de cuadra y de modelos de

sastres y modistas. ¿Sabéis cómo se ha contestado á Lloyd George su paralelo de los pieles rojas? Pues el duque de Malborough—título popular en España desde que cantaban los chiquillos en el Salón del Prado aquello de: «Mambrú se fué á la guerra»—, pues Mambrú ha contestado á Lloyd George diciéndole que carece de buenos modales. ¿Recordáis la escena de la guerra del Pacífico, tal como Groussac la ha referido? Los chilenos, victoriosos, perseguían á los peruanos, asándoles á tiros, y los peruanos se volvían para decirles: «¡No disparen! ¡No sean groseros!» Mambrú se quejará, llamará grosero á Lloyd George; acompañará á Mambrú lord Rosebery, porque el recaudador de contribuciones le recuerda que empieza á no ser bastante en Inglaterra haber ganado el Derby, contraído matrimonio con la heredera más rica del Reino y sido primer ministro para granjearse el cariño del pueblo. Habrá luchas; los lores y los ricos parasitarios de Inglaterra defenderán sus privilegios; pero, al cabo, como todavía hay inteligencia entre las oligarquías de Inglaterra, esta agitación democrática de ahora realizará la obra de sacudirles la modorra, y una parte de ellas se destacará de entre la parte parasitaria, advertirá que su actual vida de polichinelas elegantes carece de sentido y aun de realidad, echa-

rá su hombro á la labor libertadora de los radicales y de los intelectuales de Inglaterra, realizará las reformas que ya ha hecho inevitables el progreso de los tiempos, y por estas reformas hará innecesaria la revolución.

Al comparar aquellas oligarquías con las nuestras, se advierte que Costa no pecó en todas ocasiones de pesimismo excesivo, sino de optimismo. Costa creía que por debajo de las malas oligarquías existía en España una «aristocracia natural», un personal de «seleccionadores», una intelectualidad pura y vigorosa, pero apartada del gobierno por las oligarquías, de la cual podría salir el Consejo-Parlamento, el cirujano de hierro y el escalafón burocrático que necesitaba para su obra de reformar á España. Nuestro profeta alzó su voz en el desierto. «Las clases intelectuales han desertado su puesto», nos decía. «El labriego ruso yace en un estado de ignorancia, de pasividad, de atonía intelectual análogo al del labriego español, que compone la gran masa de la nación; pero suple su ausencia en la lucha contra el despotismo la clase intelectual, y en España, no.» Del mismo modo que las Cruzadas medievales sólo alcanzaron éxito cuando dejaron de ser empresas exclusivamente populares para que las rigieran «los caudillos más gloriosos de su tiempo, reputados ya por su valor, por su prudencia

y por sus hazañas», así se imaginaba Costa que el movimiento de las clases industriales, comerciantes y agricultoras de las Asambleas de Zaragoza podía llegar á transformar á España si contaba con «el concurso de esa que hemos llamado en la Memoria *élite* intelectual y moral», según sus palabras. ¡Oh candidez sublime de un corazón grande! Esa *élite* no podía salir de ninguna parte, porque precisamente lo característico de España, según las palabras que el propio Costa estampa á renglón seguido de pedir ese concurso, es que «nunca supo nuestra nación crearse una aristocracia orgánica, viva, real, elemento de conservación y de dirección de la sociedad, guardadora de las tradiciones de buen gobierno, dotada de una elevada cultura moral é intelectual». ¡Lo característico, en una palabra, de las clases intelectuales españolas es que no son intelectuales!

¡A buena parte llamaba el Sr. Costa! A su llamamiento respondieron los intelectuales verdaderos en la forma individualista y solitaria en que podían responder los representantes de un pueblo que no se ha planteado todavía el problema de la ética: habló Macías Picavea, habló Giner, habló Ramón y Cajal, habló Galdós, hablaron unos pocos más, hablaron los políticos, hablamos, gritamos, para ser más precisos, unos cuantos bohemios, por-

que en eso se conoce á los que tienen algo que decir: en que lo dicen; pero nuestras clases intelectuales no abrieron la boca sino para pedir aumento de sueldos y movilización de los escalafones. Malos son nuestros políticos y nuestros periodistas: en esos mundos se perdonará difícilmente á quien ponga buena voluntad en sus esfuerzos, y no se perdonará de ningún modo á quien procure reafirmar su buena voluntad en el estudio concreto de los problemas; pero en ellos, al menos, hay ambición y lucha, porque hay incertidumbre. ¿Qué hay en los otros mundos intelectuales? La caza obscura del cliente y el movimiento lánguido de los escalafones.

Es verdad que se apuntan indicios de mejora. Esta casa ha visto triplicarse en pocos años los estudiantes de su biblioteca. En la Universidad y en los Institutos, y aun en las escuelas especiales, parece anunciarse en unos cuantos profesores jóvenes una vida realmente nueva, una vida de estudio, no ya la *vida nueva* de que hablamos hace doce años, sin saber á punto fijo en lo que podía consistir. El saberlo se debe al contacto de Europa. Del mismo modo que al llegar á Madrid suelen hacer los escritores de provincias el descubrimiento de que los madrileños corrigen sus cuartillas, así en el Extranjero hemos venido á descubrir lo que es la dieta normal de los

intelectuales: concentración de la energía vital en el cerebro, y renuncia absoluta á todos los placeres que no sean los del trabajo mismo. Pensad en la producción de un Bernard Shaw: un drama ó dos al año; un libro de ensayos; colaboración constante é intensa en una docena de revistas; cuarenta ó cincuenta cartas polémicas al *Times;* sesenta ó setenta discursos de propaganda socialista; fijación de postura en cada una de las cuestiones que se agitan; trabajo administrativo en algún teatro, en la Sociedad Fabiana y en una docena de otras Asociaciones; y como base, estudio constante y apretado de ciencia, de economía, de filosofía, de historia, de cuestiones políticas. ¿Cómo puede realizar esta obra? No bebe, no juega, no fuma, no come carne, no ingiere estimulantes, no se permite caprichos amorosos, no asiste á reuniones de recreo ni á tertulias; su vida es todo estudio, producción y acción pública; no se le ve personalmente, sino ante miles de personas, cuando va á defender en algún mitin alguna causa colectiva. Pensad en Juan Galsworthy. Se trata al mismo tiempo del primer técnico en la novela y en el teatro de Inglaterra, y es la primera vez en la historia de las letras que llega un escritor á ser un grande artista simultáneamente en la novela y en el teatro. Publica anualmente un drama, una novela y un libro

de ensayos, en los que no hay una sola línea que no haya sido pensada y repensada. Emprende, por añadidura, todos los años alguna campaña de reforma social. Recientemente ha reconocido el ministro Mr. Winston Churchill que á la pluma de Galsworthy, un artista, se debe nada menos que la transformación del régimen penitenciario de Inglaterra. ¿Cómo realiza semejante labor? Por el mismo régimen de constante esfuerzo mental, retraimiento de diversiones y vanidades, y perfecta administración de la energía. ¿No vemos que al cabo del año hay políticos ingleses que pronuncian doscientos discursos apretados en mítines y en las Cámaras? Además de esta labor de propaganda, es raro el miembro del Gabinete que á los pocos meses de posesionarse de una cartera no llegue á dominar la técnica de su departamento, al punto de lograr hacerse necesario al personal estable. Tal es la vida normal en Inglaterra de los políticos, de los profesores, de los escritores, de los artistas, de los abogados, de los financieros conocidos: un ejercicio constante de la atención, un absoluto dominio de las pasiones y de los caprichos, una completa administración de la energía cerebral, y, consecuentemente, austeridad y trabajo todo el tiempo: mañana, tarde y noche.

Yo no tenía ni la idea más vaga de la can-

tidad de esfuerzo mental de que es capaz un hombre hasta que me puse en íntimo contacto con los intelectuales de otros países. ¡Y hablamos de neurastenia y agotamiento entre clases intelectuales que no han pensado nunca! Verdad que á esta exclamación ha contestado anticipadamente D. Miguel de Unamuno con aquella otra, ya famosa, de: «¡Que inventen ellos!» ¿No había de quedarse solo el Sr. Costa si, donde creía hallar clases intelectuales, se encontraba con una burocracia que no tenía de intelectual sino los títulos universitarios ó facultativos? ¡Buscaba el movimiento donde sólo existía, por tradición de siglos, la pasión de la inercia!

— Para castigo nuestro, está dando sus primeros aldabonazos una revolución que no se propone, desgraciadamente, ni cambiar la forma de gobierno, ni realizar nada concreto; que no es una dirección hacia la reforma; que es una fuerza bruta y ciega, sin fin y sin objeto: «un metro de sangre», según la frase de mi amigo Francisco Grandmontagne; no un degüello general de caciques, como decía Costa, sino un degüello universal de señoritos. Y esta revolución, probablemente estéril, puesto que carece de sentido, ¿no es la obra fatal de nuestra inercia?

Pensad, amigos míos, en que así no hay derecho á vivir. Nos hemos pasado todos estos

años en inventar excusas para no hacer nada: que si el sol, que si la raza, que si la tradición, que si el genio español, que si la herencia de los moros, que si la meseta castellana, que si la prensa, que si los políticos, que si los místicos, que «si en este país», que si ya lo tenemos todo, que si no podemos tener nada...; embustes y pretextos para seguir con nuestras rutinas, cortar en nuestro espíritu las categorías universales de la ciencia y de la ética, y seguir viviendo, en lo teórico, nuestra vida de opiniones, sin investigación, y en lo práctico, nuestra existencia de pequeños oligarcas individualistas, sin capacidad de colaboración, sin sensibilidad para la obra ajena, sin placeres, sin dolores, sin ilusiones y sin esperanzas.

Claro que estos años de crítica negativa no se han perdido totalmente. Es preferible negarlo todo, como lo hemos negado en Madrid, á aceptar como realidades meras apariencias de valores, como se ha hecho en Barcelona. Cuando en Madrid proclamábamos hasta en los títulos de nuestros periodiquitos de combate de hace diez y doce años: *Germinal, Vida Nueva, Revista Nueva, Electra, Juventud,* la urgencia de renovarlo todo, había en provincias quien recogía nuestras críticas, se servía de los escombros que por acá hacinábamos para levantar con ellos sus palacios fantásti-

cos, y decía: «Los de Madrid no valen; pero nosotros, sí.» De esta suerte se preparó, no en Barcelona, sino en Madrid, y con ocho años de anticipación, esa Solidaridad Catalana, que luego se deshizo, sencillamente, porque tampoco era verdad que sus políticos, sus financieros, sus fabricantes, sus artistas y sus escritores fueran verdaderamente políticos, financieros, fabricantes, escritores ó artistas. Orgullo de Madrid fué entonces el haberse negado á sí mismo: vanidad provinciana la de pretender afirmar lo que no era.

Nuestro momento pasó, porque los críticos no traíamos materia positiva que suplantase á la que estábamos negando. Había que negar, porque Cavite, Santiago y la repatriación de moribundos evidenciaron que no había nada. La acción de los intelectuales que salimos al mundo en 1898 fué un grito de dolor y de rabia. Se nos había educado en la idea de que ejército, marina, ciencia, literatura, universidades y hacienda eran realidades; creíamos, cuando adolescentes, en Castelar, en Cánovas, en Sagasta, en Valera, en Campoamor, en el Cid, en Lepanto y en la marcha de *Cádiz;* en el Banco de España, en los graneros de Castilla y en la española Infantería. Nos encontramos, cuando jóvenes, con que se habían quedado en las colonias cien mil cadáveres de soldados, se desparramaban por la

espaciosa y triste España doscientos mil repatriados moribundos ó anémicos, los cambios bajaban al anunciarse la llegada á los puertos de los transatlánticos procedentes de las colonias, y el pueblo continuaba llenando las plazas de toros.

Bramó Costa; gritamos unos cuantos jóvenes, muy pocos, por desgracia; arrancamos una tras otra todas las vendas de nuestro engaño: prensa, política, oligarquía, caciquismo, literatura, ciencia, glorias históricas. Aquello fué durante varios años una tragicomedia de despropósitos. Rugía Costa de dolor, escupía su indignación contra los oligarcas, nadie se movía; pero los oligarcas le contestaban llamándole grande hombre; gritábamos nosotros, los jóvenes, en nuestros periodiquitos, y se respondía á nuestros gritos llamándonos distinguidos, discretos, laboriosos, competentes—primer grado de nuestro Katipunan literario—; elevábamos el grito al alarido, y se nos llamaba brillantes, notables, ingeniosos, patriotas—segundo grado del Katipunan—; rompíamos nuestras cuerdas vocales para caer en la inarticulación, y se nos calificaba de ilustres, insignes, eximios y eminentes—último y supremo grado del Katipunan—.

Fué aquélla la conspiración de los elogios, aún más funesta que la del silencio. No es

extraño que durante algún tiempo Azorín, Baroja y yo pensáramos seriamente en publicar una revista que llevara por título *Los tres* —¡oh candidez de la soberbia!—; y cuando cesamos de dar gritos para volver las miradas á nuestro alrededor, nos encontramos dolorosamente con que las cosas seguían como antes.

No seguían como antes, por fortuna. Quedaban en sus puestos materiales ministros y ex ministros, académicos y generales; pero se había trazado en la Historia una línea ideal que separaba los hombres anteriores á 1898 de los que hemos venido después. Algunos de los nuestros, desesperanzados al ver que sus ojos materiales seguían viendo las cosas como antes, renunciaron á continuar la lucha y cayeron en las tertulias de los viejos, en busca de un empleo, como quien se tumba para echarse á morir. Otros nos alejamos para pensar mejor en lo que había ocurrido y, sobre todo, en lo que había dejado de ocurrir. Otros renunciaron á vivir espiritualmente la vida nacional, consagrándose como prosistas ó como poetas á refinar sus medios expresivos, y olvidándose de que, por no haber ensanchado la base humana en que ha de alzarse el arte, se encontraban sin nada que decir. Otros cayeron en el bajo mercantilismo de la pornografía. Pero la agitación espiritual, infructuosa en Madrid, iba extendiéndose de pueblo en pueblo, de pro-

vincia en provincia, lentamente, muy lentamente, como tenía que suceder en un país secularmente inerte, hasta remover los más profundos légamos sociales; y cuando los gobernantes de hace poco más de un año se decían cínicamente los unos á los otros: «¡Veinte años de poder, y después, el diluvio!», se encontraron con que el pueblo se había transformado. No era verdad; no se había transformado aún; su transformación no ha hecho sino iniciarse; pero como el pueblo no se había movido en nuestra Patria desde hace tantos años, se creyó que se había transformado. «Ya no se le conoce», decía en Deva, sorprendido, el señor Lacierva. Pero no hay en el cambio el menor misterio: de una parte, el espíritu del tiempo, con las noticias que nos trae del mundo; de la otra, una palabra española, una sola, la de «regeneración»; y de otra parte, los 200.000 repatriados que han pasado sobre la línea ideal de 1898, hasta hacer imposible la continuidad histórica entre los partidos políticos anteriores á esa época y los que habrán de sucederles.

Quedó también en el ambiente un espíritu de crítica que impedirá se repitan en lo sucesivo aquellas hipérboles de la Restauración y la Regencia. Ya no será posible que en lo futuro saludemos como á grandes políticos, como á grandes dramaturgos, como á grandes poe-

tas, como á grandes historiadores ó como á grandes pensadores á quienes no sean ni políticos, ni dramaturgos, ni poetas, ni historiadores, ni pensadores. Han de ser sólidos los pulmones que resistan este aire enrarecido. La crítica se hizo tan intensa, que tuvo que volverse contra los mismos regeneradores. Finalmente, hemos caído en la cuenta de que si Fichte logró, con sus *Discursos á la nación alemana,* rehacer Prusia en menos de siete años, mientras nuestro gran Costa no obtuvo igual fortuna en 1898, es porque Fichte, cuando hablaba en 1808, llevaba á las espaldas á un Goethe, que el mismo año daba al público nada menos que el *Fausto;* á un Hegel, que había publicado el año anterior la *Fenomenología del espíritu;* á Kant con sus tres *Críticas,* á Schelling con su idealismo, á los Schlegel con su crítica, su Shakespeare y su filología; á Schiller con sus dramas, á Novalis con sus poesías, á Herder con sus hebreos, á Winkelmann con sus griegos, á Lessing con su Nathán, á Klopostok con su Mesías, á Leibnitz, á la Reforma, al Renacimiento. Alemania no era aún real; pero todas las armas de la Alemania de hoy: ciencia, disciplina, idealismo, historicismo, música, escuelas, estaban afiladas. Bastó que Fichte hiciera sentir la necesidad de manejarlas al Gobierno y al pueblo de Prusia, para que, al inaugurarse dos años más tarde la Universidad de Berlín, las encontrara listas. Pero Costa alzó su voz en el desierto: detrás de sus espaldas no había nadie, porque no había nada.

Al advertir este contraste hemos empezado á pisar terreno firme. Ya sabemos, no opinamos, sino que sabemos que la diferencia entre España y Europa sólo consiste en el menor ó mayor esfuerzo de los intelectuales. Nosotros marcamos en cada pueblo el ritmo del trabajo. Lo que seamos nosotros, eso y no otra cosa será España; como no es actualmente sino lo que la hicieron nuestros antecesores. Lo que hace á los pueblos es el trabajo de la inteligencia. Toda la responsabilidad se nos ha caído encima á partir del momento en que hemos visto que las faltas pasadas no excusan las presentes. Ya no es solamente la responsabilidad difusa de los intelectuales como clase, sino la de cada uno de nosotros en cada hora del día. Pero desde el momento en que hemos visto que el mundo depende de nosotros, han empezado á surgir intelectuales en España, no ya al modo con que antes surgían, como aerolitos venidos del cielo y monstruos de la Naturaleza, sino de un modo sistemático y enlazándose los unos en los otros en la cadena ideal de maestros y discípulos.

Así se apunta una generación más recia, más disciplinada, más austera. Recia ha de ser para afrontar los tiempos que la esperan.

Para defenderse contra la fuerza nueva que llama las gentes al trabajo, el dormimiento simulará letargo; la inercia, crítica; el pesimismo, sátira; la ignorancia, agudeza; y la clásica candidez española del pillo que, á fuer de pillo, muere de hambre, guiñará entrambos ojos. En cada Universidad, en cada cuarto de banderas, en cada redacción, en cada teatro, en cada tertulia, en cada escuela, en cada casino rechinará la resistencia contra la gente realmente nueva, que se propone sustituir en todos los aspectos de la vida española, no sólo en el Ejército, el antiguo sistema de la obediencia pasiva, blasfemia y bofetadas, por el de la obediencia activa, que obliga á gobernar con la enseñanza y el ejemplo. No importa. La resistencia se irá venciendo, no sólo por la actividad, sino por el conocimiento del camino. Mientras creíamos, con Costa, hace diez años, que las clases intelectuales existían, pero que eran retraídas, es decir, inmorales, era lógico que diéramos gritos en la esperanza de despertarlas al deber, y que enronqueciéramos gritando, y que, al sentirnos enronquecidos, nos desalentáramos y echásemos al surco. Pero desde que nos hemos convencido de que nuestras clases intelectuales no existen, de que son retraídas ó inmorales porque no son intelectuales, ya no hay para nosotros más camino que el de estudiar, primero, y el de en-

señar, después; el de enseñar hasta que una vida de trabajo sea más entretenida que una vida de ocio y de murmuración. Y como el camino es infinito, no tenemos derecho, ni á dejar que nos canse la resistencia ajena, ni á cansarnos nosotros. Por delante se alza para nosotros la perspectiva de treinta ó cuarenta años de trabajo, en que á ratos nos sonreirá la esperanza de que, al llegar á viejos, no se escuchen los bramidos de los jóvenes que anhelen nuestra muerte, como tienen que escucharlos los ancianos de las vidas estériles. Eso si la revolución no nos sorprende en el camino.

Porque es probable que nos sorprenda, en pago de las culpas de las clases intelectuales que nos han precedido. Como era obligación de los intelectuales dotar al pueblo de justicia, de herramientas de trabajo, de métodos de colaboración, de organización administrativa, de escuelas, de dirección, de seguridad externa é interna, de ideales, de disciplina, de jornales suficientes y de vida cómoda y barata, y esa obligación ha quedado incumplida, nuestro pueblo ha empezado á moverse por sí solo, con entera independencia de lo que dicen y hacen nuestras clases intelectuales. Don Joaquín Costa pensaba hace diez años que «la ausencia indeliberada del pueblo» iba á ser permanente. «Raza incapaz para la evolución»,

«atrasada, imaginativa y presuntuosa», «pueblo de mendigos é inquisidores», «indigente y anémico», decía Costa, y por eso pedía la acción oficial. Pero no es más anémico ni más ignorante nuestro pueblo de lo que era el de Francia en 1789, y á pesar de ello, ó, mejor dicho, por esa causa, surgió la Revolución francesa, en su aspecto de episodio violento.

Ha hecho la Historia que en el momento mismo en que ha empezado á descubrirse entre los intelectuales españoles el camino verdadero del progreso, cuando sienten nuestras almas el contacto con el centro del mundo, haya empezado á bambolearse aquella inerte pasividad del pueblo en que se fundamentaban nuestras oligarquías. Durante más de cuatro siglos han dispuesto á su antojo nuestras clases intelectuales de la obediencia popular. Han abusado de ella, derramando la sangre española en toda suerte de guerras absurdas, de conquistas innecesarias y de empresas nocivas; pero no se han cuidado, ni de proveer á sus necesidades materiales, ni de educarle espiritualmente. Ahora, cuando hemos llegado á la convicción sólida de que el problema de España es de cultura, y de que la solución al problema depende únicamente del esfuerzo de las clases intelectuales, nos encontramos con que el pueblo se nos ha escapado moralmente, y sólo espera una ocasión

propicia: una guerra exterior, una guerra civil, una revolución política, para caer sobre todos nosotros. El año pasado se hizo evidente que nuestro pueblo no volvería á soportar el envío de otros 300.000 soldados para una empresa colonial; y no eso sólo, sino que para moverse y rebelarse no necesita ya de organizaciones y caudillos, sino que le basta la ocasión.

Esto es lo grave. Si nuestro pueblo estuviese organizado, bastaría á nuestras oligarquías parlamentar con las organizaciones populares para ir alcanzando sucesivas soluciones provisionales de concordia. Pero no está organizado. Lo característico de la agitación popular española es que se efectúa por agencias anónimas, por hombres más ó menos desconocidos, perfectamente sustituíbles los unos por los otros. Es verdad que los políticos conservadores atribuyen la agitación á personalidades determinadas, y creen, ó aparentan creer, que bastaría poner á buen recaudo á esas personalidades para que la agitación cesara. Su tesis es ridícula. Al cabo de lo escrito sobre la revolución de Barcelona, sabemos que la huelga general fué organizada por dos ó tres obreros, como podía haberlo sido por otros dos ó tres cualesquiera, y que los incendios y las barricadas fueron obra del pueblo. En las provincias del Norte el pueblo se ha

hecho radical en estos años sin que hayan surgido oradores ni escritores ni organizaciones que transformaran su modo de pensar.

Lo que transforma el sentir del pueblo es, de una parte, el que empieza á enterarse de que fuera de España no se vive tan mal; de otra parte, la torpeza económica de un régimen en que se ha multiplicado el coste de la vida, sin que guarde la proporción debida el alza de los salarios; y, por último, la emigración ejerce considerable influencia en el malestar universal. Hace diez años se imaginaban los conservadores que la emigración contribuiría á aquietar el país: querían curar las calenturas con los procedimientos del doctor Sangredo. Pero cada español que abandona España es un cliente que pierden el labrador, el industrial, el comerciante, el casero y el Fisco. Verdad que en algunos casos envía á España parte de sus ahorros. Pero este cálculo es infantil y absurdo en el terreno estrictamente económico. De poco sirve que el emigrante envíe dos, si su sola ausencia priva á España de un trabajo que vale doce. Pues qué, en último término, ¿existe otra riqueza que no sea el trabajo? Con trabajo se paga al Fisco los mil y cien millones de sus presupuestos: cuantos más trabajadores emigren á otras tierras, más pesada es la carga para los que aquí quedan. La emigración de los capi-

tales no es temible, porque siempre hace volver los intereses. Lo que es temible es el éxodo de los brazos y de la actividad mental, porque no existe otra riqueza positiva. Si se van los productores y se quedan los no productores, ¿no es indefectible que se aproxime el día en que las clases parasitarias del país tengan que devorarse unas á otras y deparen al pueblo la ocasión que acecha para acabar con todas ellas?

De esta suerte se están operando al mismo tiempo dos novedades paralelas é independientes: un movimiento de reforma y un movimiento de revolución. La reforma encarna en unos cuantos intelectuales que, al convencerse de que el problema de España es de cultura, y el problema de cultura ha de ser solucionado precisamente por los intelectuales, han reformado su carácter, y, como de pasada, sus costumbres también. El movimiento revolucionario está en el pueblo; no en estos ni en aquellos caudillos, sino en el pueblo inasequible, misterioso y anónimo. La pregunta-dilema que la actualidad nos brinda, es la de si se operará antes la reforma, ó si se verá alcanzada por la revolución. Es una situación que rebasa el radio de acción de los Gobiernos. Ello no es obstáculo para que sea preferible un Gobierno relativamente discreto, que tenga suficiente talento para comprender la

necesidad de la reforma, que no dificulte y aun ampare las organizaciones populares, en la esperanza de que haga así posible para los hombres de la reforma, cuando estos hombres se hallen capacitados para acometer su obra, la inteligencia con el pueblo. Tal vez sea demasiado optimismo hacer hipótesis sobre la posibilidad de semejante Gobierno.

Un Gobierno imprudente, en cambio, podría acabar desde luego con estas expansiones de nuestro incipiente movimiento de reforma y disolver las rudimentarias organizaciones populares; pero sería impotente para contrarrestar el movimiento revolucionario, precisamente porque se está efectuando por agencias anónimas, ya no es una idea, sino un sentimiento, casi un instinto, lo están provocando los mismos apetitos que ese Gobierno ampararía, y porque ese Gobierno, dado el parasitismo de nuestras clases oligárquicas, se vería obligado á sacrificar los apetitos de los muchos para satisfacer los de los pocos, y haría así volverse en contra suya buena parte de las clases gobernantes que intentaría defender. Este Gobierno ofrecería, en cambio, la ventaja de unificar las energías de los mejores elementos de nuestras clases medias, porque, obligadas á renunciar á la adquisición de la cultura, se lanzarían, desesperadas, á la conspiración.

Pero, sean como fueren los Gobiernos que en estos años se vayan sucediendo, no podrán alterar substancialmente la situación espiritual de España, porque no está en sus manos la posibilidad de acometer la reforma, empresa que requiere manos nuevas y limpias, y porque tampoco está en sus medios acabar con el espíritu revolucionario cuando éste no se propaga ya por las clases intelectuales, sino que se transmite de la boca al oído entre las capas populares. Entre los hombres de la reforma están ya trazadas las líneas generales de un programa. Todos están de acuerdo en una idea central, aunque todavía la designen por nombres diferentes. Lo que llama socialismo Ortega y Gasset, lo llamaba yo en Bilbao liberalismo, y nuevo liberalismo Melchor Almagro en esta casa, y neoliberalismo Vicente Gay en Valladolid, y se llama estatismo ó intervencionismo en Barcelona, como podría llamarse moralismo á secas. En el fondo es kantismo, conciencia de la conciencia, sumisión á la ley, rebasamiento del yo individual en la conciencia del yo transcendental, identificación del yo transcendental con el yo del prójimo, eliminación consecuente de elementos místicos en la teoría y en la práctica, justificación de la vida individual en la vida social, salvación de cada individuo en los demás y redención de todos en la cultura y en las cosas.

Aún falta todo á este movimiento de reforma. Todavía no ha logrado ni siquiera suscitar la aparición del político que lo haga ver al pueblo. Todavía no ha creado ni siquiera una minoría de hombres que se sienta capacitada para asumir de la noche á la mañana funciones de gobierno. Aún se halla en estado tan embrionario, que ni siquiera dispone de suficiente número de hombres de buena voluntad que se repartan los distintos aspectos de la cultura para anunciar, con probabilidades de acierto, que dispondrá dentro de algunos años de personal suficiente para reorganizar con arreglo á la técnica moderna los ocho Ministerios. Aún no se encuentra ni siquiera con fuerzas para afirmarse en público, y estas palabras mías no se proponen hablar á todo el mundo, sino buscar á unos cuantos, nada más que á unos cuantos, porque aún es preciso cazar las almas una á una. Su acción social tiene que ser aún modesta. Hará política—porque, en su ética, la política y el deber se identifican—, hará política de orientación y de fiscalización; pero lo que principalmente busca en la política es á los hombres del día de mañana. No irá con los partidos gobernantes, porque es un movimiento de reforma, y no de inercia; aún espera que podrá sentirse preparada dentro de algunos años para ponerse en condiciones de afirmarse públicamente

antes de que el letargo de nuestras clases intelectuales haya provocado la revolución; pero si la revolución surgiere cuando todavía no se hallase lista para hacer la reforma, sabrá colocarse donde el deber la llame y hará un supremo esfuerzo para marcar un rumbo, aun en medio del caos.

Señores, al advertir el año pasado que la distinción socrática entre opinión y conocimiento no se había efectuado aún en nuestro ambiente mental; que se seguía juzgando, á la faz del mundo, de los sucesos y de los hombres por opinión, y no por conocimiento; que la Europa ideal nos arrojaba su indignación encima, y que nuestras clases gubernamentales no acertaban ni á explicarse siquiera la indignación de Europa, unos cuantos españoles residentes en Londres empezamos á reunirnos con más frecuencia que antes para frotarnos los unos á los otros el dolor nacional. Sentíamos, de una parte, que nuestros ojos eran ya de Europa, y que, por encima de todo, nuestro corazón era de España. Aquella tristeza, aquella vergüenza colectiva nos limpiaba el alma de personalismos y ruindades, y no tardaron en convertirse nuestras reuniones en eficaces instrumentos de colaboración espiritual, en que nos fiscalizábamos, orientábamos y ayudábamos mutuamente, comunicándonos con lealtad nuestras herramientas de

labor intelectual. Salíamos de ellas con energía fresca para nuestro trabajo cotidiano. De las reuniones, de los estudios y, sobre todo, del dolor colectivo surgió en nuestros espíritus el ideal modesto de ofrendar nuestras vidas á la obra de que España, al perder sus bienes y prestigios externos, se lance desde ahora á la conquista del mundo interior. «Por fuera, limitados; por dentro, sin límites», dijo Goethe. Y si en España se celebran, como sospecho, muchas reuniones animadas del mismo espíritu, aún se abre para todos nosotros una flor de esperanza: la de que sea España quien trueque en realidad el ideal de Goethe.

He dicho.

ATENEO

REVISTA MENSUAL ILUSTRADA

Y

BIBLIOTECA DE AUTORES ESPAÑOLES Y AMERICANOS

CIENCIAS, LETRAS, ARTES

DIRECTOR: MARIANO MIGUEL DE VAL

Publica artículos, novelas, cuentos, poesías, teatro; informaciones extranjera, académica, literaria, financiera, política, bibliográfica, etc.
Fotografías, retratos, autógrafos, láminas.

AÑO SEXTO DE SU PUBLICACIÓN

Setenta y dos números en doce tomos.

Contienen interesantes trabajos de Acebal, Alcover, Alvarez Quintero, Antón, Argente, Beruete, Blasco Ibáñez, Bonilla, Infanta Paz de Borbón, Canalejas, Condesa del Castellá, Cejador, Cortón, Costa, Chocano, Rubén Darío, Dávalos, Díez-Canedo, Echegaray, Fernández Shaw, Fuentes, García Mercadal, González-Blanco, Ibáñez Marín, Icaza, Luque, Machado, Madariaga, Maeztu, Marquina, Marvá, Matheu, Maura, Mélida, Menéndez y Pelayo, Mesa, Moret, Nervo, Oliver, Pérez de Ayala, Picón, Pólavieja, Pondal, Puyol, Reyes, Blanca de los Ríos, Rodríguez Marín, Roso de Luna, Rueda, Sales y Ferré, Salillas, Sandoval, Silvela, Tolosa Latour, Ugarte, Unamuno, Urbano, Val, Vega, Vicenti, Villaespesa, Weyler, Zancada, Zayas. Zozaya, etc.

EN LA SECCIÓN BIBLIOGRÁFICA
se da cuenta de todas las obras de algún mérito que se reciben por duplicado.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN Y DE VENTA

EN ESPAÑA		EN EL EXTRANJERO	
Año.....	24 ptas.	Año.....	30 ptas.
Número suelto..	2,50 —	Número suelto..	3 —

PÍDASE LA TARIFA DE ANUNCIOS

Dirección y Administración: SERRANO, 27.—MADRID
TELÉFONO 2.297.

DUE DATE

OFFIC. JUL	2 9 1989		
	201-6503		Printed in USA

COLUMBIA UNIVERSITY LIBRARIES
14199467
0114199467
BUTLER STACKS

946 M2693

AUG 2 19